



Editorial

Morena: sin control

Una de las condiciones indispensables en el funcionamiento de un partido político no es la coherencia ideológica sino la disciplina vertical. En el lenguaje institucional se dice liderazgo pero en realidad el concepto se puede resumir en el de control de las riendas de los militantes. Después un sexenio controlando todo el poder y ya sin la presencia agobiante de López Obrador en el control político, Morena ha entrado en aquelarre en el que cada uno hace su juego. Los casos últimos de Julio Scherer Ibarra y Marx Arriaga se unen a los movimientos ingobernables de Adán Augusto López Hernández y de Ricardo Monreal Avila, además de que nadie parece tener el control o la autoridad para negociar cosas serias con el Partido Verde y el Partido del Trabajo. La cultura interna del PRI fue la de la disciplina presidencialista, quien quiera que fuera el titular del Poder Ejecutivo; al final, todo se disciplinaban ante el poder en turno.

El PRD como desprendimiento de grupos políticos del PRI creó una nueva cultura interna que se reveló en una balcanización del partido porque se configuraron grupos que operaban como tribus, es decir organizaciones sociales cerradas e inflexibles. Morena ya entró a la lógica de las tribus internas, pero en un escenario de falta de configuración piramidal del poder: la presidenta Claudia Sheinbaum Pardo no ha obtenido el mandato del expresidente López Obrador para liderar al partido, y esta estructura organizacional depende del ex jefe de Estado. La presidenta nominal de Morena, Luisa María Alcalde Luján, no solo no parece tener la capacidad y el liderazgo personal, ni el apoyo presidencial directo, para dirigir al partido, sino que al mismo tiempo ha dado muestras de falta de experiencia política en el escenario de sobresaltos del poder.

Si el expresidente López Obrador no le entrega el bastón de mando partidista a la presidenta Sheinbaum, el partido en el poder no tendrá un mando único para negociar primero con sus tribus, después con los partidos aliados y finalmente con una sociedad no partidista que parece estar mirando con mucho interés a la nueva organización Somos México y su posibilidad de convertirse de manera legal en un partido de oposición que participaría en las elecciones legislativas del 2027. Morena no parece tener conciencia de un problema grave: no es una mayoría sólida, sino que en términos de porcentajes de votos representa una primera minoría con el 45% electoral, y que el porcentaje adicional para configurar una mayoría calificada de más de dos terceras partes del Congreso depende de su alianza con el Verde y el PT.

El otro problema que está afectando a Morena es que no es lo mismo ejercer un liderazgo político desde Palenque y sin aparecer de manera pública, un conflicto –y valga que el recordatorio– que estuvo en su momento el expresidente Plutarco Elías Calles frente a la férrea personalidad del presidente Lázaro Cárdenas. Mientras más desplace el expresidente López Obrador a la presidencia Sheinbaum de decisiones que tienen que ver con el partido, más posibilidades de desorden interno existirán en Morena en momentos en que se requiere un solo mando para conseguir alianzas y ofrecer la imagen de un bloque consolidado para mantener su mayoría. Si la presidenta Sheinbaum no toma el control de Morena, al expresidente López Obrador no le alcanzará su fama menguada por conflictos como el de Scherer o el de Marx Arriaga o las revelaciones de irregularidades contra el senador Adán Augusto López Hernández. Morena, en este contexto, tiene problemas muy graves de fortaleza interna.